

¿Quién eres tú?

Identidad y relación

François Flahault

sequitur

Indice

Introducción	7
1. Cuatro autores fundamentales en la busca de la afirmación del yo	17
2. Platonismo y depreciación de los vínculos entre generaciones	32
3. Ser uno mismo con otros	41
4. La conversación y la naturalidad	51
5. Cuando la muerte garantiza la identidad	60
6. ¿Evitar la interdependencia o sacar partido de ella?	71
7. El primer regalo de los padres al hijo	83
8. La fuerza de vida, ¿guardarla para sí o transmitirla?	90

9. ¿Cómo sacar partido de un regalo envenenado?	97
10. El árbol de vida, entre la diferencia de sexos y el monoteísmo	103
11. La consistencia de sí	110
12. Significado de la sinrazón y placer de vivir: cuando un hecho insignificante refleja el sabor del primer don	115
13. La asunción de la imperfección y del no-dominio, piedra angular de la constitución de sí	123
Conclusión. Un puente hacia otras culturas	134
Apéndice. La identidad narrativa de Paul Ricoeur y la identidad relacional	140
Notas	147

Introducción

*Solamente una pregunta.
En el fondo, ¿qué es ser uno mismo?*

Henrik Ibsen, *Peer Gynt*, acto V

Ser uno mismo: ésta es indudablemente la consigna más utilizada hoy día en el mundo occidental.

Cada cual, está claro, desea disfrutar de la vida, existir, realizarse. De acuerdo con este deseo, la fórmula expresa una evidencia innegable y compartida. Sin embargo, lo hace de una manera sumamente concisa: "sé tú mismo". Es un consejo, un imperativo, una frase de contenido filosófico que se dirige a los jóvenes; a aquéllos que, víctimas de la incertidumbre, se preguntan por la forma en que han de conducirse en su vida.

Pero, ¿de dónde viene esta consigna?, ¿qué significa exactamente?, ¿qué valor tiene?, ¿en qué visión del ser humano se funda?, ¿tiene esta concepción del individuo un alcance universal?, ¿los conocimientos actuales la confirman?, ¿no nos obligan más bien a revisarla? Si es así, ¿cómo hacerlo? Volvemos de este modo al interrogante de Ibsen: en el fondo, ¿qué es ser uno mismo? Todas estas preguntas están en el origen de este libro, y nos acompañarán a lo largo de las páginas siguientes.

Hay que decir que estas cuestiones no son gratuitas; también se me plantean a mí al pensar en el camino que he seguido a lo largo de los

años. Cuando era adolescente me ilusionaba pensar, como muchos otros, que mi futuro ser estaba ya en el fondo de mí a la espera de realizarse; que pronto alcanzaría su pleno desarrollo y se revelaría al mundo. Una convicción, una esperanza que eran una mezcla de confianza en mí, ingenuidad, presunción, miedo a afrontar la vida y una verdadera incapacidad para entender el discurso de los adultos (paciencia, administración del tiempo, etc.). Cuando se alcanza la madurez, el que se siente ser uno mismo sabe bien que no sólo se lo debe a sí, sino a lo que ha vivido, a las cosas que han llamado su atención, a los encuentros que ha tenido, a los vínculos que ha establecido: toda una alquimia, cuyos ingredientes y proceso de elaboración bien merecería la pena detallar. Esta manera de existir se ha ido conformando a lo largo del tiempo y es la que nos pertenece; pero, ¿cómo está hecha y, sobre todo, de qué estamos hechos nosotros? En gran medida, lo ignoramos.

Sin embargo, las investigaciones y estudios recientes aportan a estas cuestiones unas conclusiones coincidentes, abriendo así una nueva pista que este libro explora. El "*Be yourself!*", "sé tu mismo", resume la filosofía espontánea que prima en los tiempos que corren: una creencia difusa en el individuo, la idea de que se es uno mismo por sí mismo, y que sólo a partir de ahí se establecen las relaciones con los demás. La pista que se abre ante nosotros nos muestra, por el contrario, que la relación es el campo en el que se constituye el individuo, y que la coexistencia precede a la existencia del *sí*.

*

El deseo y el imperativo de ser uno mismo, tras haber penetrado ampliamente en las clases medias europeas y norteamericanas, parten hoy a la conquista de otras culturas. Por ejemplo, los jóvenes indios de Bombay que quieren estar a la moda deben comprarse su ropa en *Be*, un marca que está en la línea de *Zara* o de *H&M*. La palabra *Be* hace referencia, por supuesto, al slogan "*Be yourself!*", y ya ha sido utilizado por varias marcas occidentales junto con otros del mismo estilo: "No imites, innova", "I am what I am" ["Soy lo que soy"] o, en una línea

claramente influida por Nietzsche, "Llega a ser lo que eres". No hace falta haber leído a este autor, a Emerson o a Oscar Wilde para sostener que, en las relaciones con los demás, "lo esencial es ser siempre uno mismo". Y eso aun a riesgo de no saber muy bien lo que hay dentro de esta fórmula, como suele ocurrir, por otra parte, con esas afirmaciones que se convierten en evidencias compartidas.

A la vista de una difusión tan amplia, que transforma en idea banal lo que fue inicialmente en el siglo XIX una reivindicación combativa de destacados escritores, artistas y filósofos occidentales, cabe tanto la ironía como la felicitación. Ambas reacciones tienen su justificación, tal como vamos a ver ahora.

La valoración del individuo es objeto de numerosas críticas desde hace bastante tiempo. Legitimar el "cada uno para sí" contribuye a la degradación del vínculo social,¹ a la despolitización,² e incluso aumenta las dificultades personales causadas por la identificación con un modelo inalcanzable.³ Me limitaré aquí a las críticas que recaen específicamente en la orden de ser uno mismo. Unas subrayan el contraste entre un lema halagador, que recuerda a los que en otro tiempo inscribían las familias nobles en su blasón, y el objetivo que realmente persigue: poner de relieve ante una gran masa de consumidores la imagen de una marca de ropa. Otras apuntan la contradicción entre la pretensión de ser uno mismo pregonada por un gran número de adolescentes y un deseo que no acaban de reconocer de buen grado, porque ven cómo se les va imponiendo con fuerza: el de ser aceptados por los demás. Un deseo, en consecuencia, de exteriorizar una serie de convenciones que hacen que el grupo de amigos o amigas les consideren como de los suyos: "Para ser uno mismo hay que ser, en primer lugar, como los demás".⁴ (Una observación que no sólo vale para los adolescentes).

De ahí a llevar la ironía al punto central del deseo moderno de individualidad, no hay más que un paso. Es evidente que ser uno mismo supone no ceder al conformismo, desarrollarse a partir del interior de cada cual más que dejarse llevar por el molde que la sociedad ofrece e impone desde fuera. Esto es así. Pero hoy día los arquetipos de la

rebeldía y del inconformismo que ejemplifican el "ser uno mismo" son ya parte de una cultura al uso, de un oportunismo ambiental que ha acabado imponiéndolos. Sin embargo, hay que elegir. O bien os sumáis a este modelo; pero entonces, bajo la apariencia de la insumisión, os estáis conformando con lo que se espera de vosotros. O bien no os adherís; pero entonces os exponéis a que los demás, en lugar de ver en vosotros la imagen valiente del insumiso, os vean como unos conformistas (los que aceptan vivir según las normas de un orden caduco), es decir, como seres mediocres. Así, un artista o un escritor bien integrado en las clases favorecidas, célebre y deseoso de mantener su prestigio social puede creerse obligado, precisamente con este fin, a elogiar al rebelde, al réprobo, al indeseable, incluso al maldito.

Afirmaciones como "me importa un bledo lo que piensen los demás" adolecen de la misma contradicción. El contenido del enunciado es evidentemente una declaración de independencia. Sin embargo, puesto que en el occidente moderno se considera la independencia de pensamiento como una característica esencial del auténtico individuo, el hecho mismo de decir que a uno le importa un bledo la opinión de los demás supone entrar en la escala de valores de los demás. Se declara enérgicamente que se es independiente de los demás y, sin embargo, como se tiene la necesidad de expresarlo abiertamente, se demuestra que se quiere causar en los demás una cierta impresión; en definitiva, que la opinión que los demás tengan de nosotros tiene más importancia de lo que parece.

En una célebre canción, "La mala reputación", Georges Brassens opone un "yo" individualista y rebelde a las "buenas gentes":

"Yo no hago daño a nadie
siguiendo los caminos que no conducen a Roma.
Pero a las buenas gentes no les gusta
que se siga un camino distinto al suyo."

Los millones de personas que veneran esta canción son invitados a identificarse con el "yo", y a desmarcarse de las "buenas gentes" (aun

cuando realmente la mayoría de ellos se parece a esas buenas gentes). Respondiendo a esta invitación, los admiradores de Brassens se han dejado llevar por la ilusión, mientras escuchaban la canción o la tarareaban, de que eran más rebeldes de lo que realmente son.

En primer lugar, la idea de que nuestro auténtico "yo" sería independiente de los demás y de la sociedad nos resulta atractiva; de ahí, tal vez, nuestra tendencia a considerarla verdadera. Pero sostener esta idea no nos hace tan indiferentes a la opinión de los demás como creemos; razón de más para dudar de que se pueda ser uno por sí mismo. Los capítulos siguientes nos darán la oportunidad de volver sobre esto y, en concreto, sobre el deseo de reconocimiento.

Pasemos ahora a la otra reacción; la que ve con buenos ojos, incluso con entusiasmo, la difusión del "Be yourself!" y de la concepción occidental del individuo. Es la actitud dominante. La cultura occidental considera, en efecto, la aparición de la noción de individuo y su ideal de emancipación como un gran progreso, del que se atribuye, claro está, el mérito (no sin despreciar de paso las culturas en las que, según cree, "el individuo no importa"). Es cierto que la libertad no tendría sentido sin la posición preeminente del individuo, y que no encontraríamos a nadie que no quisiese disfrutar de ella. Tampoco puede negarse que, en los países occidentales, ha progresado mucho el derecho a ser lo que se es. Este progreso nos parece hoy tan natural que suele olvidarse que apenas hace un siglo en Europa, no era infrecuente que los padres impusiesen la orientación profesional a sus hijos, o el marido a la mujer. Hoy día, si bien la igualdad entre hombre y mujer no es absoluta, al menos se reconoce el derecho a conseguirla. Ya no se señala con el dedo a las parejas que no estén casadas (la palabra "concubinato" ha caído en desuso). Ya no se considera la homosexualidad como un vicio o una enfermedad. Se combaten los prejuicios raciales. La educación ya no es sinónimo de disciplina, obediencia o represión. El miedo al qué dirán, la sacrosanta reputación, el honor de la familia y los juicios de valor categóricos han ido perdiendo terreno (al menos, en las clases acomodadas y medias).⁵ Ya no se justifica la esclavitud, el elogio de los regímenes autoritarios brilla por su ausencia y, por el con-

trario, se ensalzan las virtudes de la democracia y el diálogo. En definitiva, las presiones sociales –aquéllas que, en nombre del orden, la tradición, la jerarquía o las convenciones, obligan a simular que no se es lo que se es, a llegar a ser lo que no se es o lo que un ser humano nunca debería ser– son objeto de un profundo rechazo (con la excepción, no obstante, de las diferencias entre ricos y pobres, que son hoy más profundas que hace algunos decenios).

Podría pensarse que estas dos actitudes –de crítica o elogio del "Be yourself!"– serían incompatibles, de forma que la aceptación de una supondría el rechazo de la otra. En modo alguno. No solamente no existe una oposición fundamental entre estas dos actitudes, sino que son perfectamente compatibles. En efecto, las críticas que acabo de exponer no son hostiles a la emancipación del individuo, y tampoco pretenden combatir las instituciones y las prácticas y modos de relación que la favorecen. Lo que sí hacen es no perder de vista la diferencia que hay entre emancipación soñada y emancipación posible; la primera pretendería independizarse de la condición humana, la segunda se atiene a la condición humana. Lo que estas críticas cuestionan no es, por tanto, la emancipación, sino una representación del individuo que desconoce aspectos fundamentales de la condición humana; una representación que hace que se perciba al individuo como una "sustancia". Cada individuo tendría un núcleo interior que existe por sí mismo.

El propósito de este libro es, ante todo, demostrar por qué en la historia de la modernidad occidental, el gran movimiento de emancipación se ha apoyado en una concepción del individuo que resulta bastante discutible. También pretende demostrar cómo el deseo legítimo de realizarse, de sentir que se existe, de disfrutar de la libertad debe situarse hoy día en el marco de una concepción del ser humano notablemente diferente. Ésta, como veremos, no opone abiertamente individuo a sociedad, libertad a obligaciones, realización de sí a rechazo de la interdependencia. Antes al contrario, obliga a concebir el "ser uno mismo" en la interdependencia, lo cual resulta ciertamente menos llamativo que la visión prometea del individuo, pero más realista. Este libro, en suma, quiere ser un ejercicio de antropología general, un

campo de investigación que gira alrededor de la cuestión "¿qué es el ser humano?". Una pregunta que paradójicamente suele dejarse de lado. Las ciencias humanas, al estar especializadas, la remiten a la filosofía, mientras que ésta la devuelve a las ciencias humanas. Las investigaciones que se recogen en las páginas que siguen pertenecen al seminario de antropología general que Jean Jamin, Jean-Marie Schaeffer y yo mismo impartimos en l'École des hautes études en sciences sociales.

Comenzaremos por una vuelta a los orígenes de la consigna de ser uno mismo. No pretendo hacer un recorrido histórico, pues para eso haría falta un libro entero;⁶ me limitaré a unos apuntes rápidos, que espero sean sugestivos. El lector francés piensa en Jean-Jacques Rousseau y también, por supuesto, en Friedrich Nietzsche; ambos son grandes promotores, cada uno a su manera, de la afirmación del *yo*. Sin embargo, como el papel que han tenido estos dos autores emblemáticos es sobradamente conocido, he optado por dar protagonismo, en primer lugar, a dos escritores americanos –Ralph Waldo Emerson y Henry David Thoreau– que han ejercido una gran influencia, aunque resulten menos familiares para los europeos. Después veremos también cómo Henrik Ibsen y Oscar Wilde, en la estela del romanticismo, han contribuido a difundir el ideal de ser uno mismo. Por último, al ser la filosofía portadora, junto con la literatura, el arte y la religión, de la concepción del individuo que hemos heredado, mostraré las premisas que aquélla, desde su nacimiento, adoptó respecto al origen y naturaleza del "alma"; unas premisas que siguen vigentes.

Después de estos primeros capítulos, abordaremos nuestra tarea fundamental: cómo se puede reflexionar de una manera distinta sobre el hecho de ser o, mejor, de llegar a ser uno mismo. Es posible apoyarse, con ese propósito, en las investigaciones recientes en ciencias humanas, en particular en las que se centran en el estudio del desarrollo de los bebés y en la psicología clínica. Esta es la línea que he seguido en *Le Sentiment d'exister* (concretamente para el capítulo titulado "Cómo llega el bebé a ser una persona").⁷ La vía que he elegido aquí es, sin embargo, diferente. Comenzaré haciendo algunas observaciones sobre una realidad que el lector conoce tan bien como yo: la conversación.

Ésto nos permitirá de distinguir entre el deseo de existir y el de ser uno mismo. Ahí radica el problema: no es fácil reconocer que lo que se desea ante todo es existir. Un deseo tan urgente que, la necesidad de responder a él, nos puede llevar por derroteros que, en última instancia, nos impidan llegar a ser nosotros mismos.

Nos preguntaremos entonces qué hace que el individuo se sienta (o no) uno mismo en el contacto con los demás. El sentimiento de ser uno mismo y, más radicalmente, el sentimiento de existir dependen, quizás, de la coyuntura relacional, se inscribirían en una forma de *ser con los demás*. Nos fijaremos en unos autores que desde el siglo XVI al XVIII se han interesado por la sociabilidad, la conversación y la naturalidad. Veremos que algunas de sus reflexiones contienen en germen una filosofía del "ser uno mismo". Una filosofía que, a pesar de ser ajena a la tradición individualista dominante, nos resultará familiar si la relacionamos con la experiencia cotidiana que tenemos de nosotros mismos y de los demás.

A continuación, invitaré al lector a que reflexione sobre —o, más bien, con— una serie de cuentos y refranes que han circulado por toda Europa, y más allá. Estas historias nos permitirán adentrarnos en la filosofía que sostiene la tesis del carácter relacional de nuestra existencia. Con los románticos alemanes, los cuentos pasaron a ser considerados como narraciones iniciáticas que versaban sobre la realización del yo. Esto es verdadero pero también falso. Es verdadero porque muchos de esos cuentos ilustran efectivamente el problemático itinerario que lleva al joven —héroe o heroína de la historia— a una determinada realización de sí. Y es falso porque a esos personajes les endosamos, por la satisfacción que produce la colonización intelectual o por comodidad, una filosofía que no es la suya; en realidad, esos cuentos no siguen las categorías actuales de nuestro elaborado pensamiento. Si he analizado los cuentos durante una buena parte de mi vida, es precisamente con el fin de adentrarme en una forma de pensar ajena a la "lógica del concepto" y distinta a la que mis estudios, por no hablar de la cultura dominante, me impusieron. Si Lévi-Strauss concedió una gran importancia a los mitos de los indios de América porque, según decía, "existe en

ellos un germen de filosofía", ¿por qué no dedicar la misma atención a ese vasto repertorio de narraciones que ha circulado por toda Europa, y que circulaba ya antes de que la escritura pudiese recogerlas?⁸

La idea de este paseo por los cuentos procede de mi época de estudiante, cuando escuché a Marcel Detienne y a Jean-Pierre Vernant hablar de la cultura griega al estilo de los antropólogos; es decir, no haciendo sólo de ella la aurora luminosa de la nuestra, sino viéndola como otra cultura. Mi proyecto se sirvió luego de los trabajos de Louis Dumont sobre el Occidente moderno visto desde la cultura de la India,⁹ y de las reflexiones de Marc Augé en *El genio del paganismo*,¹⁰ donde invitaba al lector occidental a tomar en consideración el punto de vista que tienen las culturas africanas de la condición humana.

A partir de estos trabajos y de otras investigaciones innovadoras, la filosofía se ha visto obligada a reconocer –a su pesar– que su pensamiento no es *el* pensamiento, que en ella no se encarna la Razón universal tal como la definía Kant; sino que es deudora de ciertas representaciones de segundo plano, fondo o *background*, según la expresión del filósofo americano John Searle;¹¹ unos presupuestos fundamentales que constituyen, de alguna manera, un estrato infra-filosófico. Estos presupuestos no son elegidos con conocimiento de causa; preorientan sin ser conscientes de ello el ejercicio del pensamiento, de forma que éste tiende a sobrestimar su propio alcance. La filosofía, como ha subrayado François Jullien, no suele tomar en consideración estos presupuestos porque no sospecha que "esta raíz antropológica es la suya y que a fin de cuentas no hace sino explicitar, aprovechar y dar vueltas a conceptos básicos... y no se imagina cuánto depende de ellos".¹²

Llega así un momento –al menos así justifico mi proyecto y mi trayectoria– en que ya no es posible progresar en el pensamiento sin salir del círculo que marca la tradición recibida de los filósofos, por brillante que sea. Como esa aristocracia que se ve amenazada por el empobrecimiento provocado por una endogamia excesiva, hay que decidirse a establecer alianzas plebeyas, y buscar savia nueva en otros productos de la mente humana que hasta el momento se percibían como formas inferiores del pensamiento, incluso como la negación del mismo.

Aunque la mayor parte de los cuentos que aparecen en este libro proceden de Europa, la forma en que presentan la condición humana y la realización de sí mismo no sigue la línea de nuestro asentado pensamiento académico. La "filosofía en germen" de estos cuentos tiene, por el contrario, no pocas afinidades con culturas no europeas y abarca una serie de cuestiones que nos devuelven en parte a las enseñanzas aportadas por la antropología social, la psicología o el psicoanálisis.

Propongo pues al lector que me siga a lo largo de unos cuantos capítulos, en una especie de meditación narrativa que irá salpicándose de cuento en cuento. La sutil alianza que he establecido con ellos me ha permitido poner al día los pensamientos que contienen, pero sin ensombrecer su propia expresión. Digo esto porque me gustaría que fuesen los propios cuentos, a la vista del poder que encierran, los que transmitiesen al lector su propia voz, algo que sabrán hacer mejor que yo.